

## TODO VA A SALIR BIEN

La tarde se teñía de tonalidades anaranjadas y rojizas, mientras el calor vespertino se colaba por los recovecos de la dársena vacía. Suponía que aquella línea iba a llevarme a mi nuevo destino. Me inquietaba saber si me admitirían a bordo con tanto equipaje y un cachorro en un cajetín. Miré hacia el cielo, respiré profundamente y a pesar de mi azoramiento, confié en que Él no me dejaría sola. Siempre había sido así.

La cola de pasajeros seguía creciendo. Tan pronto el autobús hizo acto de presencia y abrió sus puertas, pregunté al conductor para cerciorarme si aquel Volvo B7 era el correcto. Una viejecita encantadora me dijo que sí, e incluso se ofreció a ayudarme con mis bártulos.

Le dí una pequeña bolsa para no ser desagradecida y me dispuse a pagar mi billete, no sin antes pedir permiso al conductor para viajar con Tobías, mi mascota. Dudó al responderme, pero ante el calor sofocante y mi cara melancólica, aquel buen hombre, hizo la vista gorda y me dejó pasar. Un alivio recorrió mi cuerpo de pies a cabeza. Se iniciaba el rodaje de un nuevo episodio de mi vida.

Me situé en la parte central del vehículo, donde podía depositar mi carga con mayor comodidad e importunar menos a los demás pasajeros. Tobías rascaba con sus uñas la malla metálica de su receptáculo. Estaba nervioso. Para él también comenzaba una nueva aventura.

El autobús partió hacia el Aljarafe con un inestimable aire acondicionado y flamenquito en Radiolé.

Todo lo que veían mis ojos se revelaba diferente. El color mercurio del Guadalquivir al atardecer; El sol melocotón, escapando por la Cartuja; Los azules y violeta fusionándose desde el Cerro de los Corazones.

Sentía que la ansiedad acumulada en mi interior aquellos terribles meses en la ciudad se iba esfumando. Como en sueños veía el momento en el que me comunicaron en el trabajo que iba a ser reemplazada por otra cocinera tras diez años de servicios. El nerviosismo hizo que un vaso se me rompiera en mil trozos y uno fuera a cortarme el pulgar. La herida física era severa, pero la emocional era infinita. Precisé sutura y tratamiento psicológico.

Aquello ya pertenecía al pasado. Me esperaba la cocina de un restaurante ecológico a inaugurar. Un auténtico reto.

Atravesamos estacadas, caminos y veredas hasta llegar a mi nueva ubicación. Cogí todos mis bultos con rapidez y liberé al cachorro de su prisión cautelar. El corazón me palpitaba con fuerza. A Tobías también. Me preguntaba si habría tomado la decisión correcta, si aquella elección, entre todas las elecciones posibles había sido la más acertada. De pronto, una repentina angustia invadió mi mente y dudé si apearme o no. Antes de bajar, miré de soslayo a la ventana de emergencia y una sonrisa de alivio, me brotó espontáneamente.

Con un rotulador negro, alguien había dejado escrito en el cristal junto a un emoticono sonriente una frase perfecta para el momento: "Todo va a salir bien".